
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA: LOS DIEZ MANDAMIENTOS

LECCIÓN 9: EL SEGUNDO MANDAMIENTO

Ponente: Rev. A.T. Vergunst



Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la version Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra pagina web: www.johnknoxinstitute.org

Rev. A.T. Vergunst is minister of the Gospel and plans to serve the Reformed Congregation of Carterton, New Zealand,

June 2020. Currently he serves the Netherlands Reformed Congregation of Waupun, WI, USA.

www.nrcwaupun.org

www.rcnz.org

Módulo

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

18 LECCIONES

REV. A.T. VERGUNST

1. Introducción
2. El Dios de la ley
3. El paraíso y la ley
4. Jesús y la ley
5. La ley y los pecadores
6. La ley y los santos
7. La ley en el monte Sinaí
8. El primer mandamiento
9. **El segundo mandamiento**
10. El tercer mandamiento
11. El cuarto mandamiento
12. El quinto mandamiento
13. El sexto mandamiento
14. El séptimo mandamiento
15. El octavo mandamiento
16. El noveno mandamiento
17. El décimo mandamiento
18. La ley en la eternidad

Lección 9

EL SEGUNDO MANDAMIENTO

Cada dirección en la vida comienza de la misma forma, siempre inicia con un paso o una decisión que puede parecer pequeña o insignificante. Aun así, la importancia de aquel primer paso no será evidente sino hasta que hayamos llegado el final del camino. En ese momento, usualmente, es demasiado tarde para revertir nuestro curso. Sin embargo, nuestro Creador conoce el final desde el principio. Él sabe a dónde nos conduciría la distorsión más mínima de Él y de Su carácter. Cambiar la gloria de Dios por la imagen de algo creado no solo es deshonroso, sino también destructivo para nosotros y nuestros descendientes.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 9

Lección:

Bienvenidos, queridos amigos. Es un privilegio para mí volver a llevarlos a uno de los mandamientos del Señor. Hoy he titulado mi lección, que se basa en el segundo mandamiento, “Adórame honorablemente”. El texto en que nos basaremos se encuentra, desde luego, en Éxodo 20:4-6, donde Dios dice: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen; y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos”. El segundo mandamiento, junto con el cuarto mandamiento, es el más largo de los diez. Eso puede decirnos algo de la importancia de estos dos y del impacto que podría tener honrar o deshonar esta instrucción particular de Dios sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Por lo tanto, creo que es importante que entendamos bien las implicaciones del segundo mandamiento.

Antes de que veamos los detalles del segundo mandamiento, quiero presentarle un segundo principio concerniente a la ley de Dios en general. El segundo principio es que los Diez Mandamientos están divididos en dos tablas. Obviamente Moisés tenía dos tablas dadas por Dios, como se registra en Éxodo 31: “Y dio a Moisés, cuando acabó de hablar con

él en el monte de Sinaí, dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios” (versículo 18). Ahora bien, el contenido de cada uno de estas tablas puede deducirse a partir de la declaración de Jesús en Mateo 22, cuando él respondió al fariseo con la ley original de Dios, como vimos anteriormente. La primera tabla explica nuestro deber para con Dios, y contiene cuatro mandamientos de los diez. La segunda tabla explica nuestro deber para con nuestro prójimo, los seis mandamientos restantes.

Lo que no debemos hacer con esta división es establecer un valor de “mayor o menor”, como si la primera tabla fuera más importante que la segunda. Las palabras de Jesús ciertamente contradicen eso. Él dice que la primera tabla es un gran mandamiento, no dice que sea el más grande. Él dice que la segunda tabla es como la primera, no menos que la primera. Así que, resistamos la tendencia a tomarnos la segunda tabla con menos seriedad que los mandamientos de la primera tabla. El hecho de que haya dos tablas debe tener una razón, y la razón es establecer un orden y una base en nuestra obediencia y amor devocional. El amor a Dios claramente debe tomar precedencia sobre nuestro amor hacia nuestro padre, madre, hermano, hermana y miembro de la familia, como lo indica Jesús en Lucas capítulo 14. Nuestro amor a Dios también debe ser el fundamento del amor hacia nuestro prójimo. El amor a Dios debe fluir en el amor a nuestro prójimo, las criaturas de Dios a nuestro alrededor. Así que, esa es la división entre las dos tablas, y es una distinción importante que debemos tener en mente, las dos tablas de la ley de Dios.

Ahora, volvamos nuestra atención al segundo mandamiento. Hay cuatro aspectos que consideraremos juntos. ¿Cuál es la intención de Dios? ¿Qué prohíbe? ¿Qué manda? (Y no olvidemos la intención en estos dos aspectos). Y en cuarto lugar, ¿cómo hace cumplir ambos aspectos del segundo mandamiento?

Entonces, en primer lugar, ¿cuál es la intención de Dios? Nuevamente, comencemos y siempre continuemos recordándonos a nosotros mismos, que cada vez que veamos los Diez Mandamientos, debemos verlos a través del corazón del Legislador, recordemos comenzar con Él y con lo que se refleja en estos Diez Mandamientos. Así que, ¿por qué dio Dios el segundo mandamiento? La primera respuesta es correcta: Es su soberana voluntad. Correcto, Dios no está atado por nada. Dios no está sujeto a nadie. Él es el Legislador supremo y ¿quiénes somos nosotros para cuestionar eso?

Pero existe una segunda respuesta que podemos dar. Le importamos a Dios y Le importan nuestros hijos, nietos y las generaciones venideras. Dios sabe que cada rebelión contra Él, sin importar cuán pequeña sea, se volverá cada vez más grande con el paso del tiempo. Toda desviación comienza de la misma manera, comienza con un pequeño paso que nos lleva a un deslizadero. Ningún acto de desobediencia es inocente, pero la desobediencia al segundo mandamiento nunca se hace en aislamiento. Afecta, como veremos, a la tercera y a la cuarta generación por lo menos. Y el honrarlo afectará a millares y, como veremos, no solo a individuos, sino a generaciones.

Así que, nuevamente, ¿puede notar lo que yo noto? Que Dios manda la amplitud de Su misericordia a millares, mientras que asigna Su venganza (su justa venganza), únicamente

a cuatro generaciones, “hasta la tercera y cuarta generación”. En todas partes de las Escrituras que usted lea, incluyendo los Diez Mandamientos, una y otra vez ¿Nota usted que no puede evitar ver la gloria y la devoción del Dios de gracia y amor, y Su belleza brillando a través de todas Sus obras y todas Sus palabras? Así que, consideremos ahora lo que Dios prohíbe en el segundo mandamiento.

En el primero, Él reveló Su voluntad de que lo adoráramos en confianza y obediencia como el único Dios verdadero. Ahora, en el segundo mandamiento desarrolla el primero. Debemos adorarlo de una forma digna. Debemos adorarlo de una manera que refleje que entendemos y conocemos Su gloria. En otras palabras, en el primer mandamiento debemos adorar al Dios verdadero, al Único. En el segundo mandamiento, Dios especifica que debemos adorar al Dios correcto, correctamente u honorablemente. Así que, ¿qué es eso de adorar a Dios correctamente u honorablemente? Bueno, Dios nos ha dado una instrucción clara. “Lo haces sin el uso de imágenes o representaciones de Mí”. Claramente, Él nos prohíbe que hagamos cualquier imagen, semejanza, tomada del cielo, de la tierra o de debajo de la tierra, para representarlo de alguna manera.

Moisés recordó a los israelitas varias veces en el libro de Deuteronomio que Dios habló cara a cara con Israel, y aun así no se mostró a Sí mismo, no nos dio una imagen de Su semejanza. Sospecho que Moisés es como nosotros. También quería ver a Dios. Una vez le pidió: “Te ruego que me muestres tu gloria” y Dios le respondió. Puede leer de ello en Éxodo 33 y 34. Dios dijo: “Moisés, no podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Más bien, proclamaré”, en palabras, “toda mi bondad. Pasaré delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová”. Y luego, en Éxodo 34, usted puede leer que Moisés está allí, y Dios pasa y proclama Su nombre.

Hay algo maravilloso sobre lo que Dios dice en ese pasaje en particular, así que permítame leerlo. Él dice: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación”. ¿Se da cuenta de cuán similar es la revelación de Dios a Moisés con el segundo mandamiento? Así que, Dios prohíbe que hagamos alguna representación o imagen de Él.

¿Por qué? Bueno, esa es Su voluntad soberana, es cierto. Pero, en segundo lugar, Dios sabe que cualquier imaginación, o cualquier representación o cualquier imagen, no importa cuán sofisticada y no importa cuán artística o colorida sea, deshonra o degrada Su gloria. Pues, ¿cómo podemos convertirlo a Él que es espíritu invisible, a aquel que es omnipresente e infinito, en una imagen, una estatua o en algo artístico? La única representación visible que Dios dio de Sí mismo a Israel fue el tabernáculo, que más adelante fue reemplazado con el templo, el cual fue reemplazado en última instancia por el Hijo del Hombre viviente, Jesucristo. Hebreos 1:3 describe a Jesús como el resplandor de la gloria de Dios y la imagen

expresa de Su Hijo. Colosenses 1:15 incluso se refiere a Jesús como la imagen del Dios invisible, y esa es la única manera en la que Dios se ha revelado visiblemente a nosotros.

Sin embargo, es extraordinario que cuando lees todas las historias en los evangelios, los escritores de los evangelios nunca nos dicen si Jesús era alto o bajo, flaco o fornido. No se nos da ni una sola pista de cómo se veía, sino solo acerca de cómo era Su carácter. Él era manso y humilde de espíritu, dulce, solícito, amoroso, compasivo, misericordioso, lleno de gracia, amable, todos los aspectos de Su carácter que se reflejaban en Sus acciones. Esa es la gloria de Dios, pues eso nos revela el carácter devocional y amoroso del Todopoderoso. Y toda imagen, y toda representación de Él que sea visible de alguna manera es deshonrosa.

Así que, ninguno de nosotros debe creerse más sabio que Dios, pensando que una representación de Dios en una imagen nos hará sentir más cerca de Él. Si eso fuera verdad, amigos míos, Dios habría hecho lo opuesto al segundo mandamiento, pero Dios sabe que cualquier intento de representarlo desviará al pueblo. Y ese es Su propósito principal, Él no quiere que nos desviemos por culpa de una distorsión de Su carácter o de Su persona en una representación visual limitada. Y la historia lo confirma. Cada vez, desde los días de Moisés, que el pueblo comenzó a representar a Dios, iniciando desde el becerro de oro, se desviaron y se hirieron profundamente, espiritualmente y, desde luego, también deshonraron a Dios.

Así que, en segundo lugar, debemos adorarlo sin hacer una imagen mental de Dios que también lo represente inadecuadamente. La idolatría no solo puede efectuarse mediante una imagen o una estatua de piedra. La idolatría también sucede cuando hacemos una imagen mental de Dios y Lo adoramos de una manera diferente a la que Él ha revelado que quiere ser adorado. En el Salmo 50 Dios acusa a los israelitas diciendo: “Pensabas que de cierto sería yo como tú”. Ahora bien, esa es una distorsión mental. Así, deshonramos a Dios, amigos míos, al crear una imagen mental de Él según nuestra semejanza, según lo que encaja con nosotros. Puede que hagamos esto sin saberlo o puede que lo hagamos intencionalmente. Pero, aun así, ambas son pecaminosas. Por lo tanto, por favor examine sus pensamientos acerca de Dios de acuerdo a lo que dice el segundo mandamiento.

¿Lo adoramos correcta y honorablemente? Lo deshonramos cuando Lo adoramos como si no fuera soberano en la vida de todos. Lo deshonramos si Lo adoramos como si no fuera santo y justo en todos Sus caminos y hechos, o como si no fuera verdadero en Su Palabra, o cambiando Sus estándares de bueno y malo. Pero de la misma forma Lo representamos inadecuadamente si solo pensamos en Él como un Dios de amor, a quien no Le importa el pecado, solo el amor, consintiendo todo. Pero también Lo representamos inadecuadamente cuando nos vamos al otro extremo: “Él solo es un Dios de ira, un Dios de dureza, frialdad e indiferencia”. Todas estas son representaciones inadecuadas de Dios, y ¿qué hacen? Nos hacen desviarnos. Sí, Lo deshonran, pero también nos hacen daño a medida que nos desviamos del Dios del cielo real y verdadero. Por favor, tenga en mente que estos mandamientos son la revelación de amor y cuidado de Dios para mantenernos en el camino angosto que conduce a la vida.

En tercer lugar, consideremos lo que Dios manda en el segundo mandamiento. Él manda que lo adoremos apropiadamente. Ahora bien, cuando oímos la palabra “adoración” pensamos en la iglesia inmediatamente. Pensamos en cantar, orar, leer la Palabra, predicar, escuchar. Eso no es incorrecto, pero la palabra adoración es mucho más amplia que una reunión en la iglesia. La adoración es hacer lo que fuimos creados para hacer, que es reflejar al Dios que debemos reflejar. Eso es adoración; la manera en la que vivimos, cómo portamos Su imagen... eso es adoración.

Ahora, amigos míos, deshonramos a Dios cuando no reflejamos Su gloria en Su amor devocional, en Su paciencia, en ser prontos a perdonar como Él. Lo deshonramos cuando aquella imagen de Dios no es reflejada en nuestro estilo de vida. Cuando damos la otra mejilla en mansedumbre a alguien que nos ha ofendido, ahí estamos siendo semejantes a Dios. Cuando nos involucramos en el ministerio sacrificial y derramamos nuestro ser en un amor sacerdotal, estamos siendo como Dios. Esa es la adoración conforme al segundo mandamiento. Cuando nuestro andar es conforme a Su voluntad en toda pureza y sinceridad, ahí estamos reflejándolo honorablemente. Así que, cualquier persona debe hacerse la pregunta: “¿Cómo estoy reflejando la gloria y el honor de Dios como esposo, como esposa, como padre, como madre, como hijo, como siervo, como viajero, como comprador o como visitante?” ¿Puedo ver en mí el reflejo de Aquel de cuya imagen soy portador?

Así que, un estilo de vida de adoración personal y familiar diarios se evidenciará en los servicios de adoración semanales, y los servicios nunca deberían estar centrados en el hombre. Nuestros servicios eclesiales deberían centrarse en Dios, basarse en la Palabra y estar llenos del Espíritu. Nuestros amigos y asistentes que vienen y comparten este tiempo de adoración con nosotros deben salir con la impresión: “Ciertamente Jehová está en este lugar”, lo que Jacob dijo en Betel. Los incrédulos que ven al pueblo de Dios adorar en la adoración corporativa deben sentirse inclinados a preguntar: “¿Qué los hace ser tan expresivos al cantar? ¿Qué hace que estas personas tengan una confianza tan filial y tan segura en la oración? ¿Qué los hace estar tan atentos a la explicación de la Palabra de Dios? ¿Qué los hace tan sinceros al compartir y en el ministerio? Y ¿qué los hace expresar sus acciones de gracias con tal humildad y asombro?” Eso es reflejar, en nuestros servicios de adoración, algo de la gloria de Dios. Eso es lo que Dios requiere en el segundo mandamiento.

Ahora, por último, consideremos de qué manera reforzó Dios la importancia de este mandamiento. Notará usted que Él edifica sobre este mandamiento la declaración “Yo soy un Dios celoso”. Esa no es una declaración negativa. El celo de Dios es la intensidad de Su amor hacia Su propio carácter y gloria. Nadie diría que está mal que un esposo sienta celos si otra persona da afecto o adoración a su esposa y se entromete en la relación. En ese momento, él sentiría celos. De hecho, se habla de que “los celos son el furor del hombre” (Proverbios 6:34). Así que, Dios dice: “Yo soy un Dios celoso”. Él es celoso de Su gloria. Eso es perfectamente legítimo. Sería una falta de parte de Dios, como lo sería de parte de nosotros, si no fuéramos celosos de nuestro honor y de nuestros amados. Dios es el más

grande. Nadie es tan grande, tan bueno, tan dedicado y tan glorioso como Él. Ninguno de nosotros aceptará una distorsión o deshonra de nuestro carácter, y asimismo, Dios dice: “Yo soy celoso”.

Por lo tanto, amigos míos, prestemos atención a lo que Moisés escribe sobre el celo de Dios en Deuteronomio 6. Se los leeré en una porción del versículo 13 al 15: “A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás... porque el Dios celoso, Jehová tu Dios, en medio de ti está; para que no se inflame el furor de Jehová tu Dios contra ti, y te destruya de sobre la tierra”. Y usted puede ver que la ira de los celos de Dios fue intensa sobre el pueblo de Israel.

Pero, en segundo lugar, Él no solo dice que es celoso, también nos dice y advierte de lo que sucederá cuando lo representemos incorrectamente. Él dice que los efectos de una distorsión, una adoración deshonrosa, afectará a las generaciones venideras; que será desastroso para las próximas generaciones. Dios visitará la iniquidad de los padres contra el segundo mandamiento sobre los hijos de la tercera y la cuarta generación.

Consideremos el costo de representarlo inadecuadamente ante los ojos de aquellos que guiamos. Padres, madres, nosotros maestros y predicadores, ¿cuál es el costo? Bueno, cuando doy un pequeño paso lejos de la representación correcta del carácter de Dios, mis hijos darán otros dos o tres pasos y mis nietos darán más pasos. Dios nos está advirtiendo de un alejamiento cada vez mayor. Ellos están siguiendo nuestros pasos, o quizá incluso se salgan de nuestros pasos para desviarse de dónde los hemos hecho desviarse. El pecado y las mentiras crecen y Dios ve que esto sucede y dice: “Oh, pueblo mío, no me representen inadecuadamente porque veo los resultados desastrosos en sus hijos y nietos, ahí donde han cambiado la gloria de Dios por una distorsión de Mí”.

No leemos muy a menudo en las Escrituras que el Señor Jesús se moleste, pero ¿permítame resaltar las dos ocasiones en las que se molestó? Primero, con los discípulos, cuando no dejaron que los niños vinieran a Él. ¿Por qué estaba tan molesto? Porque lo representaron inadecuadamente a Él y al Padre como si Él no tuviera interés en los niños, como si ellos no pertenecieran a aquellos que pueden oír del reino de Dios y oír sobre el reino de la gracia. La segunda vez que Jesús se molestó fue cuando vio cómo el templo de Su Padre era deshonrado. Hicieron, de la casa de oración y adoración, una casa de mercadería y ganancias, y eso no se estaba proyectando en ellos, se estaba proyectando en la gloria de Su Padre, que es un Dios de misericordia y un Dios de bondad. De modo que Jesús se molestó.

Pero considere que el segundo mandamiento termina con algo alentador. Yo honraré a los que me honran, “Hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos”. Ahora bien, amigos míos, los millares no son solo individuos, son miles de generaciones, como lo señala Deuteronomio 7:9. Así que lo que Dios está diciendo es: “Si me honran y me adoran correctamente, esto va a afectar a miles de generaciones. Como grupo, la nación será afectada en tanto ustedes guien al pueblo a la correcta adoración a Dios.” Lo dije anteriormente, pero considere el contraste una vez más. Dios está vengando, justamente, las malas representaciones sobre la tercera y cuarta generación, pero extiende

Su misericordia a miles de generaciones. Eso es algo extraordinario aquí: el hecho de que Dios mencione la palabra “misericordia” en el contexto de un libro de leyes.

La misericordia no encaja en un libro de leyes. La ley establece límites, explica requisitos y consecuencias, pero no trata con la misericordia. Pero Dios revela en Su libro de leyes la gloria de Su carácter de gracia y de misericordia. Él conoce nuestra condición. Él entiende que a pesar del mejor de nuestros esfuerzos fallaremos. Seguimos siendo pecadores. Aunque hemos sido creados a Su imagen, hemos caído. Incluso si hay gracia, no somos perfectos. Por lo tanto, tanto los mejores padres así como los mejores maestros, inevitablemente fallarán en representar a Dios de la forma más perfecta. Por consiguiente, Dios expresa misericordia en los Diez Mandamientos. Él bendecirá los esfuerzos sinceros en misericordia.

Así que el primer mandamiento nos llama a adorarlo solo a Él. El segundo mandamiento resume que debemos adorarlo a Él como es digno de Su gran gloria. Llevémos estas verdades a nuestros corazones. Examinemos nuestra adoración a Dios, en privado, en la adoración familia. ¿Es esta de acuerdo con el espíritu del salmo 2:11? “Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor”. También llevemos estas verdades a nuestra adoración corporativa como iglesia. ¿Estamos modelando nuestros servicios de adoración de acuerdo a los principios bíblicos que se derivan del segundo mandamiento? ¿Cada aspecto del servicio de adoración, al igual que la decoración y el arreglo del lugar en el que estamos, honra el espíritu y los detalles del segundo mandamiento?

Así que, mientras concluimos, hagámoslo recordando que hoy Dios es el mismo que fue desde entonces. El apóstol menciona esto en el último versículo de Hebreos 12: “Dios es fuego consumidor”. Por lo tanto, dice: “...tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia”. Así que, Dios bendiga estas palabras, amigos míos, al haber considerado el segundo mandamiento y cuando consideremos el tercero la próxima vez, acerca de que no debemos tomar el nombre del Señor nuestro Dios en vano. Gracias.

Palabras de cierre

Esperamos que su comprensión y aprecio por la ley de Dios se hayan profundizado con lo que hemos considerado en esta lección. Únase al pastor Arnold Vergunst la próxima vez mientras exploramos aún más la gloria de Dios revelada en su ley. El próximo tema será “El tercer mandamiento”.